

Grandes operaciones urbanas en Hispanoamérica

Ciudad de México, La Habana, Bogotá, Buenos Aires

Oswaldo Román

Siglo XXI: grandes operaciones urbanas para todas las ciudades

¿Puede un proyecto de ciudad ayudar a que una sociedad supere sus angustias o satisfaga sus anhelos? La reconstrucción de la ciudad europea en la segunda mitad del siglo XX fue una de las grandes iniciativas colectivas que aportaron cohesión a sus maltrechas ciudadanías. Las grandes utopías y las grandes intervenciones urbanas en la ciudad hispanoamericana tal vez apoyen la construcción de una sociedad de la esperanza en el siglo XXI para el continente americano.

Tras un esfuerzo común no ajeno al implícito pacto social en que consiste el urbanismo, en los años ochenta se pusieron en marcha una serie de propuestas de «construcción hacia adentro» de nuestras viejas urbes. Siguiendo las iniciativas de los Docklands de Londres; la Défense de París o bajo un prisma más local, la transformación de Barcelona con la excusa de la celebración de unas Olimpiadas, cada ciudad repensó su naturaleza y se incorporó de una u otra forma a la nueva metodología surgida de la Gran Operación Urbana.

Las consecuencias de la conjunción de conceptos aparentemente irreconciliables como utopía y pragmatismo; planificación y gestión y, en definitiva, gobierno del territorio y acción concreta han aportado una página brillante de transformación de las ciudades.

De nuevo la ciudad entendida como espacio para la libertad individual y la conciliación de confrontaciones de carácter colectivo se inscribe como prioridad en la agenda del futuro, en esta ocasión bajo el nuevo paradigma de la globalización. Se pueden analizar bajo un mismo enfoque intervenciones en Shangai, Berlín o Curitiba y hoy prácticamente todas las ciudades tienen elaborado un amplio catálogo de grandes operaciones.

Un proceso análogo puede observarse en las dos últimas décadas en las ciudades de Hispanoamérica. Los complejos procesos económicos y políticos con ciclos temporales más cortos y diferencias más acentuadas no se

compadecen con la continuidad de acción política e inversión sostenida y constante, precisa para transformar la ciudad.

No obstante, esta breve reflexión pretende enumerar algunas iniciativas que aportan visiones propias y conceptos autónomos desde el ámbito hispanoamericano para el manejo de la ciudad. Se trataría de incidir más en las actitudes individuales que dan respuesta a problemas colectivos a través de la concepción de grandes operaciones, que en la descripción de las mismas.

En algunos países y tal vez a la vista del papel iconográfico del hecho urbano, se han elaborado propuestas de interés en los últimos años como concreción física de cuestiones a veces de índole inmaterial.

En un continente urbano como es América y donde la previsión del crecimiento metropolitano aparece inabarcable, la ciudad es el espacio colectivo donde los conflictos surgen de manera más explícita. Una ciudad sobre la que hay una erudita tradición de formalización de planes. Donde los más insignes arquitectos, los maestros de otras épocas y de la actual han dejado apasionadamente sus propuestas teóricas. Una ciudad cuyo crecimiento casi siempre ha contradicho las propuestas de los académicos y ha llegado a percibirse como un espacio fuera de control al que es imprescindible conducir.

Formalidad e informalidad. Dos ciudades en la ciudad hispanoamericana

La realidad de la ciudad americana es que como mínimo y de forma muy simplificada no hay una ciudad sino dos hechos físicos urbanos coexistiendo espacialmente sobre una geografía política y un territorio común. La fragmentación social que conduce a una aguda segregación espacial adquiere cotas impensables en algunas ciudades americanas.

Existe la ciudad formal conducida desde los poderes administrativos, ordenada, dotada de infraestructuras, donde encontramos unos niveles de equipamiento, zonas ajardinadas, con áreas de oficinas y tejido residencial de increíble calidad. Muy cerca, a pocos pasos se extiende «la otra ciudad» la ciudad informal, construida directamente por los pobladores, fértil, vital, peligrosa y resistente, creciendo a un ritmo imposible de contemplar por la acción planificadora.

Fruto de la violencia en el medio rural, la inexistencia de oportunidades laborales, las políticas económicas simplistas de algunos gobiernos, el miedo, la duda, etc., la ciudad flexible, gradual en la consolidación de sus logros, solidaria, colectiva, es la gran ausente de los debates sobre la conducción del proyecto territorial.

El futuro de Hispanoamérica se juega en distintos niveles pero sin duda un lugar importante en esa agenda de trabajo lo ocupan las ciudades. El reto de los futuros gobernantes del territorio urbano americano y de los profesionales que elaboren las propuestas de acción concreta, es abordar los problemas de los barrios con menos recursos que forman esa gran masa ignorada de ciudad y, en paralelo, construir proyectos planificados y cultos en algunas ciudades en torno a grandes intervenciones urbanas que sirvan como marco de debate a cuestiones de mayor calado que atienden a la simbología, la seguridad, la identidad y a otras cuestiones de carácter general.

Análogamente a la visión de recuperación portuaria y reequilibrio existente tras los Docklands de Londres; de construcción de un eje ilustrado que profundiza en una nueva centralidad, utilizando la geometría urbana como expresión de poder existente de la Défense de París, o la apuesta de transformación global de una ciudad tras la excusa eficiente y poética de abrirla al mar como Barcelona, en algunas ciudades americanas podemos ver interesantes actuaciones con dimensión cuantitativa y vocación cualitativa suficientes para transformar porciones importantes de la ciudad y servir de palanca para un cambio social.

Veremos solamente los casos de México D.F., La Habana, Bogotá y Buenos Aires como ejemplo de ciudades hispanoamericanas, en los que se han producido alguna de esas grandes intervenciones.

Un proyecto de futuro: la ciudad de México o el reencuentro soñado con el agua

La señal divina se manifestó frente a sus ojos: sobre un nopal, el águila desgarraba una serpiente. Era el final de la peregrinación. Habían transcurrido poco más de dos siglos desde su inicio.

Llegaron entonces
allá donde se yergue el nopal.
Cerca de las piedras vieron con alegría
cómo se erguía una águila sobre aquel nopal.
Allí estaba comiendo algo,
lo desgarraba al comer.
Cuando el águila vio a los aztecas,
inclinó su cabeza...

En aquel sitio, un islote en mitad del agua, los aztecas fundaron México-Tenochtitlan en el año 1325. La ciudad de México está asentada sobre

un lago. En esa espléndida urbe, se rompe la teoría de las dos ciudades coexistiendo en una, la de los ricos, formal o planificada y la de los pobres, informal o autoconstruida.

El inmenso territorio que ocupa Ciudad de México permite albergar una ciudad de ciudades en las que sin solución de continuidad se transita por los fragmentos sociales más lejanos, donde habitan tal vez 20 millones, ¿quién lo podría saber? de seres humanos, era en el origen una isla en mitad de un lago.

Hace 30 años un grupo de ingenieros concibió una iniciativa recogida bajo el nombre de Proyecto Texcoco que proponía la reinversión de un proceso de desecación del área lacustre de la vieja Tenochtitlan de los aztecas recuperando su naturaleza lacustre.

Los problemas de sostenibilidad ambiental derivados del enorme consumo de agua de un gigante urbano como Ciudad de México, las inundaciones periódicas y el hundimiento de amplias zonas, condujo a aquellos ingenieros a reflexionar en clave de oportunidad lo que cabía definir como un problema. No ir en contra de la naturaleza, analizando la existencia del agua como factor de orden, equilibrio y potencialmente positivo.

En momentos en los que se consideraba una respuesta más próxima a la modernidad, desecar el sistema lacustre, el proyecto no encontró el suficiente apoyo. Últimamente y tal vez debido al nuevo enfoque aportado al desarrollo urbano desde la disciplina medioambiental, un grupo de arquitectos entre los que se encuentran grandes maestros como Teodoro González de León y jóvenes profesionales reconocidos como Alberto Kalach han retomado inicialmente desde el ámbito académico y posteriormente abriéndolo a la sociedad, el debate sobre la pertinencia de caminar con otra ruta y retomar el noviazgo perdido de la ciudad de México con el lago.

Básicamente se trata de una actuación de ingeniería hidráulica inversa a la que se produjo en 1900 cuando se inauguró el sistema de desagües del Valle de México en orden a evitar inundaciones. Apoyándose en una rehidratación de los cauces derivados de la utilización de aguas residuales tratadas debidamente y de las propias aguas fluviales, se potenciaría en un intervalo de 20 años la recreación del sistema de canales y los lagos de Texcoco, Chalco, Xochimilco, Xaltocan y Zumpango. Una racionalización del consumo de agua apoyaría la iniciativa.

La idea es espectacular. Retomar la vocación de la Ciudad de México de contacto con sus lagos presenta al menos tres lecturas. La primera de carácter formal y urbano puesto que la creación de un «litoral interior» de dimensiones enormes ofrece unas oportunidades evidentes de redefinir físicamente la ciudad con opción a apostar por la calidad de un borde costero, urbano, interior y singular.